

Eje 15. Comunicación política y comunicación económica
Coordina Natalia Gigliotti y Luz Alcain

Técnica y mediatización política en plataformas: las lógicas estructurantes de las redes sociales como aspectos determinantes para la intervención política

Facundo Daniel Benedetto | Universidad Nacional de La Matanza, Argentina
facundo.benedetto@gmail.com, fbenedetto@unlam.edu.ar

Resumen

La pandemia por COVID-19 puso en foco el papel de la tecnología como instrumento de intermediación entre personas. En este punto, y atravesando una campaña electoral que tendrá a las redes sociales como un elemento central para la discusión ciudadana, se propone reflexionar desde el plano teórico sobre las lógicas que determinan la manera en que se desarrolla la comunicación política en plataformas como Twitter o Facebook y el lugar de los algoritmos –en tanto elementos centrales de la materialidad de las redes– como aspectos determinantes para la manifestación de opiniones.

El presente trabajo, que se nutre de aportes de las teorías de la mediatización, el análisis de las redes sociales y la filosofía de la técnica, propone una reflexión de un tema fundamental para entender las dinámicas de la actualidad. Se considera que, como sostienen diversos autores como Stig Hjarvard o Jesper Strömback, la existencia de lógicas mediáticas incide sobre las maneras en que se desenvuelven las sociedades, lo que incluye las formas de interrelación entre personas, el funcionamiento de las instituciones y el ordenamiento del ecosistema político. Considerando que (desde un enfoque simondoniano) no tiene sentido despegar ni oponer la cultura a la técnica, toma relevancia reflexionar acerca de los factores que hacen al funcionamiento de las plataformas.

En función de esto, cabe preguntarse cómo actúan los algoritmos en virtud de la voluntad de totalidad que expresan las redes sociales y cómo ello incide en la forma en que se estructuran los mensajes políticos y la discusión en torno a ellos. Es decir, se reflexiona sobre el espacio que ocupa la programación de las plataformas en la manera en que se manifiestan políticamente los usuarios en las redes sociales y cómo ello tiene lugar más allá de las plataformas.

La presente ponencia, que se nutre de aportes teóricos de autores diversos y casos concretos de discusiones que se generaron en plataformas digitales y que luego la trascen-

dieron, propone una reflexión en base a revisión bibliográfica y se deriva del proceso de desarrollo de tesis de maestría en Comunicación y Cultura que lleva adelante su autor.

Palabras clave: política, plataformas, algoritmos

Introducción

Con el aislamiento obligatorio que sobrevino luego de que el virus del COVID-19 sea declarado pandémico y jaqueara la movilidad de personas en todo el mundo, quedó explicitado el papel de la tecnología como intermediario en las relaciones interpersonales. No se trata de un fenómeno nuevo, dado que las plataformas ya ocupaban un lugar central en las dinámicas de interacción social a escala global, pero probablemente se puso en evidencia lo que ocurría al tiempo que se evidenciaron procesos que inciden en las prácticas sociales. Así es como para trabajar, para mantenerse en contacto con otras personas o para el ocio, se puso de relieve que las plataformas ocupan un lugar que excede la mediación entre personas, sino que también estructura, desde sus lógicas, la manera en que se desarrollan las prácticas sociales.

El 2021, en tanto, plantea en Argentina un escenario electoral que obliga a repensar las formas en que se aborda la discusión política: por las condiciones de distanciamiento que impidieron las manifestaciones públicas presenciales durante prácticamente todo el año, la campaña para los comicios legislativos (con sus primarias abiertas, simultáneas y obligatorias en septiembre y los generales en noviembre) tuvo en las redes sociales un escenario central para la difusión de opiniones y la discusión. En este punto se propone reflexionar desde el plano teórico sobre las lógicas que determinan la manera en que se desarrolla la comunicación política en redes sociales y el lugar de los algoritmos –en tanto elementos centrales de la materialidad de las redes– como aspectos determinantes para la manifestación de opiniones.

Se entiende que las redes sociales no plantean una horizontalidad donde todas las opiniones tienen el mismo peso, sino que las condiciones propias de las plataformas determinan que mensajes y que usuarios son dominantes. Esto, en un escenario que redundaba en procesos de formación de lo que Ernesto Calvo y Natalia Aruguete (2020) denominan burbujas de filtro, activación en cascada y *astrourfing*.

A continuación, se repasarán aportes teóricos sobre el lugar de los algoritmos y la automatización dentro de las plataformas, la producción y difusión de contenidos en redes sociales, los elementos centrales y constitutivos de las plataformas, y los aspectos determinantes para la discusión política, para luego reflexionar sobre las posibilidades que brindan las redes sociales para la participación política.

Los sujetos y la técnica

El filósofo francés Éric Sadin (2018) explica que poco después de la mitad del siglo xx comenzó un proceso que hizo mutar el estatuto dado a la técnica con relación a los humanos. Aquello que inicialmente fue concebido para complementar los cuerpos y llenar sus insuficiencias, comenzó a gobernar a los seres y a las cosas. Se trata de un proceso que deriva en lo que el autor denominó *condición antrobológica*, que consiste en el entrelazamiento de organismos humanos y artificiales a partir de la inclusión de una presencia

determinante e incorporal (tal como la llama de manera textual). El autor sostiene que cuerpos y códigos digitales se mezclan y que desde ahí se genera el sujeto contemporáneo, que a partir del uso de *smartphones* como objetos que permiten una continuidad del uso espacio-temporal y el acceso a servicios, crea una condición humana secundada por robots inteligentes.

El enfoque de Sadin retoma el pensamiento de Gilbert Simondon (2008), que señalaba que las máquinas funcionan como ensamblajes o acoplamientos que vinculan dos modos de existencia (el de los hombres y el de las máquinas) y no como meras extensiones del cuerpo humano. La capacidad de conexión se mantiene, entonces, en la complementariedad que comportan la memoria de las máquinas (eficiente en lo múltiple y desordenado) y de los humanos (eficaz en lo ordenado y unificado desde el plano de las formas), mientras que decreta el fin de la exterioridad de la técnica para pensarla en función de la cercanía del cuerpo (con lo que, además, sugiere que se genera una nueva corporalidad). Esta vinculación, señala Maurizio Lazzarato (2020), tiene la característica que ambos modos de existencia se vinculan, pero manteniendo su propia individualidad, lo que permiten que sigan separados.

Tales supuestos, que hacen eje en la vinculación y la complementariedad, permiten reconocer realidad humana contenida en los objetos técnicos, por lo que ignorar la técnica para reflexionar sobre procesos sociales supone desconocer esa realidad humana. Se sugiere que la cultura debe incorporar a los seres técnicos e introducir la conciencia de la naturaleza de las máquinas, entender sus relaciones y comprender como se vinculan con el hombre (Simondon, 2008).

El hombre (en tanto sujeto epistémico), afirmaba Simondon (2008), adquiere la función de coordinar las máquinas que lo rodean y que operan con él, aunque estas tengan capacidad de autorregulación o estén automatizadas. Aquí, en esta *condición dual* (tal como la llama Sadin) que genera mapas donde se entrelazan *organismos biológicos y potencias comunicacionales*, los sujetos deben funcionar como técnicos o asociados de herramientas abiertas que se manifiestan en relación con sus componentes, otras máquinas, el mundo y los humanos (Lazzarato, 2020).

En estas circunstancias, entendiendo que la técnica deviene cultura y que la historia de una es la de otra, la relación entre los sujetos y la técnica hace a las prácticas sociales. Se entiende que, al no ser las máquinas una prolongación de los cuerpos, descentrar al sujeto y poner en el centro el aspecto económico social, se incorpora un sentido psico-fisiológico que hace necesaria una objetivación de la relación técnica-hombre que ponga el eje no tanto en la alienación en tanto posesión material sino en conocimiento sobre el funcionamiento de los individuos técnicos para poder incorporarlo al análisis cultural (Simondon, El modo de existencia de los objetos técnicos, 2008).

Al respecto, Sadin (2018) sostiene que la técnica es el medio ambiente del hombre, donde las características de la mediación generaron un *medio técnico* que lleva a los sujetos a

vivir en un medio artificial donde cada uno está en un intenso contacto con instrumentos y objetos que conforman la totalidad de su entorno, y no con lo que llama "las realidades de la tierra y del agua". Lo cierto es que esta condición antropológica disuelve al sujeto moderno y con ello pone en cuestión el papel de la política y el poder que se basa en la deliberación, dando cada vez más lugar a los resultados estadísticos y las proyecciones algorítmicas en lo que refiere a las decisiones políticas (Sadin, 2018). Es en este punto, y contemplando estas condiciones, que resulta pertinente preguntarse qué condiciones existen para la discusión política en redes sociales y cómo las lógicas propias de esos medios inciden en la manera en que se discute políticamente.

Datos, plataformas y política

Según explica Nick Srnicek (2018), las plataformas son infraestructuras digitales que posibilitan interactuar a dos o más grupos, mientras se posicionan como intermediarias y permiten a los usuarios generar sus propios productos, servicios o espacios. Emergen en la economía mundial contemporánea donde el elemento central es el dato, que se constituye en la materia prima para la economía digital y que promueve un modelo social y político. Este modelo, que encuentra en lo transitorio, lo veloz y lo etéreo tres valores fundantes, genera una tendencia a que todo se configure en función de recopilar información y disminuir los costos para hacerlo (Srnicek, 2018). El éxito de este sistema se sostiene en que la acumulación de datos es infinita y en que la programación les da la cualidad de generar un aprendizaje constante (donde está la *indeterminación* que mencionan Simondon y Sadin). Los sistemas están diseñados para que tengan la capacidad de perfeccionarse con autonomía a lo largo del tiempo por su aptitud para detectar nuevas señales y cambios, reducir y absorber imprevistos que son incorporados e interpretados para evitar fallos, y aumentar las expectativas de previsibilidad (Mayer-Schönberger & Cukier, 2013; Rouvroy & Berns, 2016).

Sin embargo, no se trata de un proyecto que se muestra de manera evidente: Mercedes Bunz (2018) señala que es difícil advertir algo mientras está ocurriendo, pero lo cierto es que está ocurriendo algo y debe ser advertido. Se entiende entonces que el correlato en las prácticas sociales de la aparición y desarrollo de los instrumentos técnicos es difícilmente analizable sin intentar objetivarlo. Así como es difícil entender las modificaciones para la vida humana que supuso la Primera Revolución Industrial sin comprender las características propias de la máquina de vapor, no es posible estudiar las sociedades actuales sin pensar en los algoritmos y la recolección y análisis de datos como aspectos fundamentales del capitalismo del siglo XXI.

Por ello, pensar en los algoritmos, sus lógicas y consecuencias se vuelve fundamental. Las plataformas afianzan su poder para intervenir y modelar prácticas humanas a partir de la capacidad de los algoritmos para reproducir conocimientos, clasificar información o procesar datos. Así, la transformación del mundo ocurre por la conversión en datos de

cualquier aspecto de la vida y en la automatización (junto con la catalogación automática) como método para procesar cantidades de información que, sin la intermediación técnica, sería humanamente inabordable (Bunz, 2018). Es desde la catalogación y la automatización, explica Bunz (2018), que se reorganiza el saber y el comportamiento humano en base a la dependencia que establecen los seres vivos con plataformas que confeccionan los índices con los que se percibe el mundo.

En estas condiciones nace, como argumentaron Antoinette Rouvroy y Thomas Berns (2016), una topología superficial que fomenta una gubernamentalidad algorítmica donde el interés está puesto en la relación entre datos, en lugar de sobre los sujetos, y se produce una memoria del futuro para anticipar lo que puede llegar a suceder. Es un efecto de la minería de datos, que crea un cuerpo estadístico y fomenta la elaboración algorítmica de perfiles. Resulta interesante una crítica que hace Pablo Rodríguez (2019) a Rouvroy y Berns, y también a Sadin, según la cual los datos (para la gubernamentalidad algorítmica) son vistos por estos autores como algo preindividual, mientras que –sostiene Rodríguez– hay un proceso de *dividucción* que consiste en la extracción de los datos de los sujetos, su procesamiento y una reconstrucción de los sujetos (que confirman aquellos datos iniciales). Los resultados de aquellos algoritmos, en tanto, son y necesitan ser confirmados por los usuarios, que esperan que el algoritmo sepa tanto como sí mismo sobre su vida y, con ello, sepa qué ofrecer. Se habla de “singularidades de carácter informacional” que se relacionan con las individualidades, aunque no están limitadas por ellas, generando una personalización o individualización. En concreto, Rodríguez (2019) explica: “Los individuos (...) será(n) el resultado de alguna suerte de ‘dividucción’: transformación de individuos en datos y recomposición posterior que da como resultado otro individuo relacionado, pero en principio no igual al individuo antes de ser transformado” (pág. 453).

Así es como las estadísticas y sus proyecciones comienzan a determinar la acción política mientras la vida es administrada electrónicamente por una política impersonal y expansiva, que se guía por el análisis del presente y las posibilidades de un futuro inmediato. Así se configura el campo social de manera que se minimicen fricciones (Sadin, 2018). En esa línea, Franco Bifo Berardi (2019) postula que la anticipación estadística es la manera en que funciona la gobernanza actual, con el agregado de que crea una estructura de conocimiento que forma subjetividades para que todo lo que se perciba se ajuste a ello. En esa anticipación lo que se individualiza en los perfiles individuales es lo resultante de las búsquedas estadísticas en millones de usuarios que permiten conocer que es lo que ese usuario desea, donde a mayor cantidad de datos más precisa es la identificación de targets por intereses (Rodríguez, 2019).

Lo cierto es que la elaboración de perfiles, si bien busca generar previsibilidad sobre los comportamientos de los usuarios, tienen la facultad de aprender constantemente de lo imprevisto. Es ese margen de indeterminación lo que hace posible que haya información porque es esto lo que da sensibilidad a la información que se obtiene del exterior (Sadin,

2018). Es decir, tal se postula desde la cibernética, existe información porque hay espacios donde algo no se conoce; si, en cambio, todo fuera conocido, no habría existencia de información. Esta es la lógica que ordena a los algoritmos que regulan las redes sociales para funcionar como un sistema que aspira a la totalidad pero que –intencionalmente– nunca la logra alcanzar, pero que puede generar perfiles con características casi plenas de cada usuario.

La clave está, entonces, en conservar huellas de las actividades, que se abstraen de sus condiciones de realización, se reducen a datos y generan una sensación de objetividad en base a la traducción de cualquier tipo de interacción en estadísticas. Con esta información, para elaborar perfiles, nada se excluye y se entremezclan los aspectos más relevantes con los que, aparentemente, son los más insignificantes (aunque, en virtud de la búsqueda de elaboración de perfiles con millares de datos, la insignificancia probablemente no sea un factor existente). Así, se evita lo imprevisible porque lo que no fue registrado está, sin embargo, en el orden de la posibilidad, con lo que se previene cualquier tipo de crisis. El evitamiento de esos fallos, en términos de Simondon (2015), quita a las plataformas su carácter metaestable (que es donde existe una disparidad que puede ocasionar una ruptura). Para la recolección de datos es importante señalar que la misma se da de manera constante y no solo en base a la actividad de los usuarios. Se podría decir que estos interactúan con el algoritmo, aunque no tengan la intención de hacerlo por la recolección de metadatos (que son datos que describen a otros datos) y la datificación. Esta circunstancia, dado que –como se señaló– la técnica deviene cultura, tiene efectos en el plano de la cognición, lo que comprende la memoria, el aprendizaje y las formas de percibir. Ocurre que como la máquina refleja una relación de fuerzas (por su programación), el poder se hace biopoder y se encarna en la configuración de la vida social, donde los individuos son conscientes de su condición, pero no pueden ni manejarla ni cambiarla porque las normas que rigen las interacciones no tienen que ver con voluntades éticas y políticas, sino con las reglas de los dispositivos (Berardi, 2019).

Ante esta capacidad para gestionar enormes volúmenes de datos dejando lugar a lo imprevisto para sostener un aprendizaje constante es que los dispositivos ganan poder de predicción mientras generan filtros de burbuja que inciden sobre las subjetividades a partir de una oferta predefinida en función de los perfiles. Lo más relevante, siguiendo a Berardi (2019), es que existe una retroalimentación en que la máquina es adaptada al entorno viviente y los seres vivos actúan en función de esas máquinas. Es entonces, pensando ya no desde la filosofía de la técnica sino desde la mediatización, que se puede entender que son los medios de comunicación (dentro de los que se considera a las redes sociales) actores que estructuran la vida social e inciden sobre las interacciones sociales, las instituciones, la política y todo ámbito en función de asignar sus propias lógicas de funcionamiento (Hjarvard, 2013; 2016) que, se considera, son resultado de las prácticas derivadas de la propia estructura que les da funcionamiento.

Se vive una etapa histórica donde se atraviesa una *doble autonomía*, en que la técnica extiende su capacidad de interpretación y se expone a los individuos como poseedores de una subjetividad ampliada, que es acompañada por un entorno global donde se glorifica la oferta ajustada y extremadamente hiperindividualizada (Sadin, 2018). Sadin (2018) lo explica de la siguiente manera: "Se trata de la emergencia de una humanidad (...) hibridada con sistemas que orientan y deciden comportamientos colectivos e individuales, bajo modalidades todavía discretas, pero ya embarazadas, y que están destinadas a extenderse hacia numerosos campos de la sociedad" (pág. 60). Así, entiende el autor, el azar va desapareciendo y todo lo que ocurre es, más bien, la consecuencia de las evaluaciones que hace una precisa robotización.

Sin embargo, hay un factor que no puede dejarse de lado: la técnica logra autonomía y capacidad predictiva, pero eso no significa una neutralización de voluntades ni de poderes. Por eso hay que pensar sobre el lugar del sujeto dentro de su desarrollo. Bunz (2018) señala un aspecto que pareciera que en el análisis teórico queda solapado por la capacidad técnica que muestran los algoritmos: las plataformas son configuradas por programadores con intereses y no son los dispositivos los que tienen propósitos autónomamente. Esta cualidad se advierte en la programación, pero también en aquello que es interpretado.

Una vez más se hace necesario volver a una reflexión de Simondon (2008): el individuo humano debe convertir en información las formas depositadas en las máquinas porque estas por sí solas no generan información si no existe un ser viviente capaz de interpretar aquello que es recopilado o producido. Lógicamente, esta evaluación debe hacerse salvando las distancias históricas (Simondon lo escribió durante la década de 1960) dado que, actualmente, los algoritmos que dan sentido a las plataformas pueden darse información a sí mismos a partir de su capacidad de aprendizaje automático. Si bien puede considerarse que la relación máquinas y hombres siguen siendo de transducción (porque los datos que se hacen información son incorporados por el algoritmo desde afuera de sí mismo), la capacidad autónoma de las máquinas actuales habría sido impensable a mediados del siglo XX. La novedad está en que los algoritmos pueden encontrar la información con la que nutrirse sin que sea el hombre quien la esté incorporando dado que, tras ser programados, tienen capacidad propia para hacerlo. De este modo, sostiene Rodríguez (2019), crece de manera exponencial la capacidad para captar datos de las personas sin que éstas tengan conciencia de ello, aunque las formas de vigilancia no se encuentren ni ocultas ni explícitas.

Condiciones para la discusión política

Tal como sostiene Stig Hjarvard (2016), los medios son tecnologías que extienden la comunicación humana en tiempo, espacio y modalidad. Cuando habla de modalidad lo hace en el sentido de las formas (texto, sonido e imágenes), con lo referente al espacio hace alusión a las distancias y con el tiempo explica que cualquier material comunicacional se

puede almacenar para un uso posterior. No todas esas condiciones deben darse al mismo tiempo, lo que da una amplitud bastante importante para entender qué es un medio. Dentro de ellos, no pueden dejar de reconocerse a las redes sociales, las que -como se explicó anteriormente- tienen sus propias lógicas y desde ahí inciden en el funcionamiento social. La explicitación de las lógicas de funcionamiento de las redes sociales, plataformas gobernadas por algoritmos, derriba la confianza que inicialmente existió en virtud sus supuestos valores aperturistas. Como sostiene Lazzarato (2020), el lugar que se creía que podía tener la tecnología para crear condiciones de mayor libertad, democracia e independencia de los sujetos cae al verse los resultados, dado que queda en evidencia que también pueden reproducir relaciones desiguales de poder.

Es en esta situación, donde con el objetivo de captar la realidad independientemente de las particularidades de las personas a partir la personalización, la generación de perfiles y la imbricación usuario-plataforma, las plataformas despliegan su capacidad de correlación emancipada de cualquier otra norma o convención, normalizan cualquier circunstancia y pueden tener el complejo efecto de tolerar y alentar radicalizaciones dentro del debate público (Rouvroy & Berns, 2016). Ello se ve incrementado por cambios en la forma de percepción propias de lo que Franco Bifo Berardi (2007) llama *generación postalfabética*, donde la mentalidad colectiva parece perder el criterio crítico y la democracia cae en consistencia, se convierte en mito y se ejerce como un rito, pero sin ser el espacio donde se elaboren libremente los discursos comunes (que son producidos mediáticamente). Se trata de una generación nacida a finales de la década de 1970 que empezó a manifestar signos de impermeabilidad hacia los valores políticos que habían sido esenciales anteriormente, situación que hoy se encuentra consolidada. Berardi no argumenta que hay rechazo a la política sino una imposibilidad (que entiende en términos cognitivos) para entenderla y practicarla como hasta ese momento. El autor entiende que los sectores más conservadores leyeron con mayor eficiencia las características de la comunicación mediatizada y que por ello logran mejores resultados (Berardi, 2007).

El proceso al que alude Berardi es el resultado en el plano político de cambios intensificados desde la década de 1980 que proponen la fragmentación social, la dilución de las formas históricas precedentes y la seguridad en cuanto a las creencias, nuevas maneras de cohesión social y un modelo ahistórico que permite que se rompa el orden temporal mientras se evita hablar de progreso, se cancela lo perdurable, prima lo transitorio, se fracturan los lazos sociales y se levanta al individuo como unidad de reproducción social (Beck, 1998; Haervey, 1998; Jameson, 2002). Así, mientras el acto de comunicar se impone sobre la naturaleza de lo comunicado (Bauman, 2007), el emisor se convierte en consumidor, se borra la distinción entre lo real y lo imaginario (Featherstone, 2000) y se crean figuras que sobresalen del resto como si fueran tótems y el otro, como alteridad, se encuentra desarticulado y transformado en un elemento de la propia autoconfirmación (Bauman, 2007).

En estas condiciones, dentro de un entorno signado por la mediatización como proceso de estructuración social que atraviesa una cuarta etapa donde las lógicas mediáticas transforman las prácticas humanas (Strömbäck, 2008), las redes sociales inauguran un circuito informativo con una dinámica propia que, probablemente, está separada de los que tradicionalmente mantienen otros medios de comunicación y la política tradicional mientras se genera un nuevo actor político (Rodríguez, 2019). Así, explica Rodríguez (2019), ir a un evento político no es solo estar allí, sino también sacar una foto y subirla a una red social a fin de conformar la comunidad de perfiles afines.

A la luz de lo expuesto, se entiende que la participación en redes sociales hace necesario pensar en sus condiciones técnicas, que tienen origen en la configuración de las plataformas y la programación de los algoritmos que dan forma a las interacciones de los usuarios, el consumo de información y la generación de contenidos. La pregunta que surge entonces es, con el marco expuesto y en un momento en que la participación política se ve volcada hacia el mundo digital, qué condiciones la delimitan y en qué lugar quedan las prácticas y los consensos políticos.

Se trata de una problemática que, necesariamente, se vincula con la presencia de *fake news* en tanto contenidos que contribuyen a la construcción de realidades. Postular la idea de lo *fake*, entonces, es entender que existe lo que es verdadero y que lo *fake* es lo inventado o que no tiene una referencia concreta fuera del entorno en que el contenido fue creado. Se podría considerar, probablemente, que es verdadero aquello que se hace discurso social o, concretamente, que se transforma en verdadero aquello que se corresponde con las formas de significar propias de una sociedad y que manifiesta las condiciones de la hegemonía (que implica la producción de lo social como discurso para establecer un orden de lo decible que genere legitimidad y consenso) (Angenot, 2010). Se trata de entender a la verdad como la realidad, siendo la realidad el discurso social que se materializa en las formas del lenguaje que manifiestan las relaciones de poder y plasman la hegemonía discursiva.

Entonces, entendiendo que la verdad es, en parte, el resultado de convenciones sociales, se concibe que las *fake news* políticas no son solamente la transmisión de información sino un acto performativo que tiene el objetivo de dañar a los adversarios. No existe la difusión de esto como defensa de una posición sino como la búsqueda de daño al oponente (incluso promoviéndolo a pronunciarse sobre aquello con lo que se lo ataca) (Calvo & Aruguete, 2020). Este tipo de publicaciones encuentran usuarios dispuestos a sostenerlas y compartirlas dado que cada uno "vive" en una región de la red expuesto a información que coincide con su propio pensamiento. Se trata de burbujas con líderes (los usuarios con más seguidores y capacidad de viralización) que generan una estructura jerárquica donde el encuadre (o marco de significación) de estos líderes están sobrerrepresentados y causan lo que Ernesto Calvo y Natalia Aruguete (2020) llaman *activación en cascada*, que configura los contenidos en función de esos encuadres.

Así, diferentes regiones de la red crean encuadres mediáticos diferenciados que causan una descentralización de la manera en que se comprenden los eventos públicos porque la jerarquización de temas es diferente según quienes integren cada segmento (Calvo & Aruguete, 2020). Esto sucede por los procesos de personalización, que son definidos por filtros personalizados que emergen luego de un aprendizaje en base a la actividad digital de cada usuario y que ofrecen una mayor capacidad para aislarse dentro de perspectivas homogéneas. Sin embargo, el proceso redundante en agendas mediáticas heterogéneas, aunque ello no supone el traslado de la función de seleccionadores de información, sino que los reemplaza por otros diferentes. En línea con lo que plantearon Rouvroy y Berns (2016), la individualización que se promueve para alcanzar a los usuarios con contenidos que le interesen se asemeja a una hipersegmentación y a una hiperplasticidad de las ofertas.

El concepto que explica el proceso descrito es el de preactivación, que se vincula con la idea de razonamiento motivado, y hace referencia a la "preparación" en el usuario de sus creencias para que sea sensible a aceptar determinados argumentos, lo que se genera a partir de la incorporación de narrativas que circulan por sus comunidades digitales. Se trata de crear en los usuarios preconceptos que luego, fomentando un razonamiento motivado (dado que se cuenta con creencias previa), van a llevar a que los conceptos aceptados sean aquellos que confirman la posición previa y los rechazados aquellos que contradigan lo que el usuario ya sostiene (Calvo & Aruguete, 2020). Entonces, al seleccionar los contenidos que reafirman las posiciones previas y compartirlos, se genera un hilo narrativo coherente a partir de fragmentos.

Con la noción de razonamiento motivado no puede dejar de abordarse la problemática de los *trolls*. No es novedad que, ante la lejanía de las evidencias, más dependencia existe de las creencias colectivas, por lo que el lugar de quienes crean los marcos interpretativos en colectivos como las burbujas resulta central. Con los *trolls* existe la posibilidad concreta de que, buscando un cambio o mantenimiento de los comportamientos políticos, exista manipulación sobre la información (Calvo & Aruguete, 2020), con lo que se crea un escenario ideal para la proliferación de *fake news*. Esta situación, mientras se atraviesa una campaña política donde las redes sociales ocupan un lugar central, pone de relieve que la discusión pública –en el plano digital, al menos– atraviesa un momento crítico, donde la deliberación parece llevada a un segundo plano, la segmentación de grupos en base a creencias previas se presenta como una dificultad para la interpelación política y, sobre todo, el acceso a información potencialmente certera parece presentar dificultades derivadas de las lógicas propias de las plataformas.

Así, la incesante aparición de noticias que son rápidamente desmentidas, declaraciones públicas basadas en opiniones, pero presentadas como hechos, y acusaciones que son replicadas rápidamente en redes sociales refirman el carácter performativo de las *fake news*. Es decir, no se plantean discusiones en torno a lo que realmente se

está publicando, sino que se busca generar un daño a la imagen pública de aquel que es atacado. Estas acciones se organizan en un fenómeno denominado *astroturfing*, que hace referencia a campañas coordinadas para crear una impresión a partir de información falsa para operar políticamente (Calvo & Aruguete, 2020). Se trata de una práctica común para generar la sensación de que hay un conjunto de personas que aparece espontáneamente en favor o en contra de algún hecho o personaje pero que es controlado desde pocos perfiles organizados que logran amplificar posiciones y sobredimensionar los apoyos.

Así, saltar las barreras que plantean las burbujas de filtro y la personalización de los contenidos requiere un esfuerzo consciente de los usuarios. Resulta importante por ello comprender la hipersegmentación que plantean Rouvroy y Berns (2016) y el carácter eminentemente económico que resalta Srnicek (2018) del capitalismo de plataformas, dado que se termina concluyendo que el que logra imponerse en la subjetividad digital es aquel que cuenta con los recursos suficientes para promover más campañas digitales. Sucede, además, que los contenidos generados en redes sociales suelen llegar a medios de comunicación tradicionales y generar una retroalimentación, por lo que surge la necesidad de preguntarse qué efectos tienen estos materiales (que pueden ser informaciones deliberadamente falsas) sobre aquellos usuarios menos activos políticamente que indirectamente los reciben.

Lo relevante es que las maneras de actuar políticamente dentro de las redes sociales encuentran correlatos fuera de ellas, tal como sugiere Simondon (2008) con su idea de que la técnica deviene cultura o Hjarvard (2016) con su percepción sobre la estructuración de las prácticas sociales en función de las lógicas mediáticas. Esto se ve reflejado en las formas en que se abordan las discusiones en medios tradicionales y en como la discusión pública se desenvuelve, además de en los temas que componen las agendas públicas.

Así es como la personalización cruza todo el proceso: al recibir cada usuario contenidos dirigidos por los algoritmos en función de sus preferencias, la posibilidad de que aquello que se reciba sea disonante con las opiniones propias, para las que se tienen pensamientos preactivados y marcos para ubicar la nueva información, se torna prácticamente nula. Las características de los contenidos generados en redes sociales son encuadrables dentro de las lecturas que Berardi (2007) asigna a la generación videoelectrónica, lo que implica que los mensajes políticos son estructurados según las dinámicas propias de los medios de comunicación (Strömbäck, 2008).

Son estas reglas de los dispositivos, como las llama Berardi (2019), las que estructuran la discusión y las maneras de la lectura, mientras marginan la reflexión crítica y la discusión política se mueve hacia con la proliferación de mensajes superficiales, prefabricados y dirigidos que hacen del contenido efectista y el estímulo visual su eje. El desafío está entonces en generar una reflexión crítica que permitan eludir las dificultades que las plataformas imponen a la autonomía de los usuarios.

Conclusiones

Como se explicó en los apartados anteriores, las plataformas se erigen como un escenario central en la construcción de subjetividades y, en el capitalismo del siglo XXI, se posicionan como el espacio central para conseguir la materia prima de la economía digital: el dato. En este punto, la dinámica interna de las plataformas supone darle a cada usuario aquello que, estiman los algoritmos, quiere conseguir. Así, la personalización a partir de perfiles se hace un elemento indispensable que se transforma en estructurante para las discusiones y las prácticas en el plano político.

Pensando entonces en influencia que tienen estas en las formas en que pueda desarrollarse la política digitalmente, más en un año electoral signado por las campañas virtuales, se entiende que probablemente la capacidad de interpelación de los usuarios se vea limitada por las lógicas propias de la personalización. Así, se entiende que los nichos y las burbujas de filtro son la dinámica de socialización de la actualidad, donde la discusión se da prácticamente siempre entre propios y con una reducción de cualquier disonancia. Saltear las barreras que las plataformas ponen para evitar mensajes desagradables es un trabajo que los usuarios deben realizar con plena conciencia pero que incluso puede resultar limitado ya que, dada la facultad de crear perfiles que tienen los algoritmos, la disonancia vaya a ser evitada en la próxima conexión.

Surge, en tanto, la duda sobre si las propias dinámicas internas de las redes generan un marco de discusión que se separa de aquellas disputas que están fuera de la red. Sin embargo, la manera en que se retroalimentan los medios tradicionales y las redes sociales da cuenta de un fenómeno de relativa complementación, donde usualmente en las redes sociales se crean contenidos, se forman *tendencias* para incidir en subjetividades políticas (ya sea para reafirmar posturas o para dañar), se orientan las discusiones y se busca marcar una agenda que trascienda la propia plataforma para llegar a otros medios de comunicación y, de esa manera, extender el público y marcar otro tipo de discusiones. Es por eso que, pese a tratarse las redes sociales de un espacio propio para los posicionamientos agrupados e intensos, no debe dejarse de lado su potencial capacidad para incidir en la agenda pública con los temas puestos en discusión, además de en las formas estéticas que les imprimen a las interacciones entre usuarios (que se caracterizan por los mensajes directos con frecuente agresividad, ironía, efectismo y brevedad).

Se trata de un entorno de disputa donde la búsqueda de generar marcos interpretativos mediante la preactivación, la activación de temas a partir de impulsos de líderes de opinión digitales y la proliferación de *fake news* para generar un daño llevan a preguntar qué margen de maniobra queda para hacer de las plataformas un espacio de discusión política donde exista algún margen de autonomía. Se trata de una problemática que se complejiza cuando se entiende que la formación de nichos en los que cualquier posición parece contar con apoyo configura un escenario irreal que, a su vez, resulta ideal para el surgimiento de posiciones extremistas que, más que sustentarlo, degradan el debate

público con el objetivo de dañar adversarios (e incluso la misma democracia), además de que llevan a la radicalización de quienes pretenden responder. El surgimiento del ciberfascismo o de la representación de minorías privilegiadas que se sienten amenazadas, tal como explica Berardi (2019), encuentra en las redes sociales un escenario ideal para desarrollarse. Esto no quiere decir que este tipo de opciones política no existieran antes, sino que las redes sociales dan a quienes propagan estas ideas un espacio para encontrarse y hacer públicas sus ideas sin demasiadas restricciones (algo que no tenían anteriormente). Parece difícil, con estas condiciones, plantear maneras de lograr que las redes sociales no funcionen un espacio de difusión y encuentro de discursos antidemocráticos, violentos o segregacionistas. Entendiendo que la técnica deviene en cultura y que las dinámicas propias de las plataformas tienen incidencia en la formulación de las maneras de discutir política, se postula como relevante repensar qué lugar ocupan las redes sociales en el plano político y qué alternativas se presentan para que sus propias lógicas de discusión no vayan contra la deliberación democrática. La búsqueda de una comprensión sobre las redes sociales, la discusión sobre el papel de los algoritmos, el reclamo sobre el respeto a la privacidad y la pluralidad, y la limitación de los propios usuarios al accionar de las plataformas se transforman en acciones necesarias para repensar el sistema político-económico del siglo XXI.

Referencias bibliográficas

- ANGENOT, M. (2010). *El discurso social*. Buenos Aires: Siglo XXI Editoriales.
- BAUMAN, Z. (2007). *Vida de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BECK, Ü. (1998). *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- BERARDI, F. (2007). *Generación post-alfa*. Patologías e imaginarios en el semicapitalismo. Buenos Aires: Tinta Limón.
- (2019). *Futurabiidad*. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad. Buenos Aires: Caja Negra.
- BUNZ, M. (2018). *La revolución silenciosa*. Cómo los algoritmos transforman el conocimiento, el trabajo, la opinión pública y la política sin hacer mucho ruido. Buenos Aires: Cruce Editora.
- CALVO, E., & Aruguete, N. (2020). *Fake news, trolls y otros encantos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2020). *Fake news, trolls y otros encantos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- FEATHERSTONE, M. (2000). *Cultura de consumo y posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HARVEY, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- HJARVARD, S. (2013). *The mediatization of culture and society*. Abingdon: Routledge.

———(2016). Mediatización: La lógica mediática de las dinámicas cambiantes de la interacción social. *La Trama de la Comunicación*, 235-252.

JAMESON, F. (2002). *El giro cultural*. Buenos Aires: Manantial.

LAZZARATO, M. (2020). "Máquina técnica y máquina de guerra". En: *El capital odia a todo el mundo*. Fascismo y revolución. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

MAYER-SCHÖNBERGER, V., & Cukier, K. (2013). *Big data: la revolución de los datos masivos*. Madrid: Turner Publicaciones.

RODRÍGUEZ, P. E. (2019). *Las palabras en las cosas*. Buenos Aires: Cactus.

ROUVROY, A., & Berns, T. (2016). Gubernamentalidad algorítmica y perspectivas de emancipación. ¿La disparidad como condición de individuación a través de la relación? *Adenda filosófica* (1).

SADIN, E. (2018). *La humanidad aumentada*. La administración digital del mundo. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra.

SIMONDON, G. (2008). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo.

———(2015). *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*. Buenos Aires: Cactus.

SRNICEK, N. (2018). *Capitalismo de plataformas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra.

STRÖMBÄCK, J. (2008). Four Phases of Mediatization: An Analysis of the Mediatization of Politics. *The Journal of Press/Politics*. doi:10.1177/1940161208319097